

Espacios Públicos
ISSN: 1665-8140
revista.espacios.publicos@gmail.com
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Rivera Serafín, Oscar
El Partido (partido) de la Revolución ¿Democrática? La dominación carismática en el PRD
Espacios Públicos, vol. 14, núm. 32, septiembre-diciembre, 2011, pp. 152-182
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=67621319008

Cómo citar el artículo
Número completo
Más información del artículo
Página de la revista en redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El Partido (partido) de la Revolución ¿Democrática? La dominación carismática en el PRD

Fecha de recepción: 16 de febrero de 2011
Fecha de aprobación: 30 de marzo de 2011

Oscar Rivera Serafín[*]

RESUMEN

El presente artículo analizará uno de los partidos políticos referentes en el sistema político mexicano: el Partido de la Revolución Democrática (PRD). El argumento a desarrollar es que dadas las características originarias de tal partido, la cohesión en los grupos políticos que lo componen sólo es alcanzada a través de un liderazgo carismático. Naturalmente, tal dependencia somete a dichos grupos a la inestabilidad inherente al ejercicio de la dominación carismática, por lo que sólo la aparición de un nuevo liderazgo les permite retomar la cohesión cuando el anterior declina.

PALABRAS CLAVE: Cárdenas, López Obrador, dominación, líder, institucionalización.

[*] Especialista en derechos humanos por la Universidad de Castilla La Mancha y la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH). Diplomado en Derechos humanos por la CNDH. Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública por la UAEM. Ha impartido cursos de administración pública en el Instituto de Profesionalización del Estado de México y ha sido ponente dentro de distintos congresos y seminarios internacionales.

Abstract

This article analyzes the case of one of the Mexican political parties: The Party of the Democratic Revolution (PRD). The argument is that, given the original features of this political party, charismatic leadership is the only possibility to achieve cohesion among the different political groups that integrate this organization. Naturally, such dependency puts the groups under instability, a characteristic of charismatic domination; and would only return to cohesion through the emergence of a new leadership.

Key words: Cárdenas, López Obrador, dominance, leadership, institutionalization.

Introducción

El movimiento revolucionario de inicios del siglo xx heredó al sistema político mexicano la institución que sería su eje rector por décadas: el partido de Estado. Tras la unión de los caudillos regionales en una sola organización, el ya denominado para 1946, Partido Revolucionario Institucional (PRI),[1] se ubicaba al frente de la vida política nacional y desarrollaba la caracterización contemplada por Giovanni Sartori de partido *hegemónico*, aquel que "no permite una competencia oficial por el poder, ni una competencia *de facto*. Se permite que existan otros partidos, pero como partidos de segunda, autorizados, pues no se les permite competir con el partido hegemónico en términos antagónicos y en pie de igualdad" (2002: 278). Bajo el dominio priista "se tenía un circuito cerrado donde el PRI controlaba la competencia política, razón por la cual, en virtud de un ascenso esperado, el militante y el burócrata se sometían fuertemente a dicha organización, fortaleciéndola y cerrando así el circuito" (Rivera, 2009: 40).

El PRI pudo controlar efectivamente su militancia, sin embargo, paulatinamente comenzaría a sufrir los cuestionamientos que realmente lo empujarían a establecer nuevos vínculos de comunicación. Movimientos estudiantiles, sindicales e incluso guerrilleros, provocaron en el hegemónico una necesidad de incluir tales expresiones, por lo que una de sus respuestas fue elaborar reformas electorales emprendidas desde la década de los sesenta y con mayor fuerza en la década de los setenta. Así, desde el inicio de los años sesenta se incluyó en el sistema electoral una primitiva forma de representación proporcional, misma que se desarrollaría con el paso de una década.

No obstante, la reforma que realmente sentó las bases de una verdadera reconfiguración del sistema político fue la de 1977, dado que declaró a los partidos políticos como entidades de "carácter público", dando paso a su "constitucionalización", se dio el registro condicionado del longevo Partido Comunista Mexicano (PCM),[2] se introdujo —ya en forma— la representación proporcional (a la que correspondían 100 escaños), y se

otorgó la posibilidad a los partidos políticos de participar en las elecciones de diversos niveles (Woldenberg, 2002: 23).

A pesar de que desde antes de la inserción del PCM en el plano electoral, se habían creado partidos políticos comprometidos con la izquierda, algunos de ellos se comportaron apegados a los intereses del PRI, funcionando como los llamados "partidos satélite", siempre en alianza con el hegemónico. Tal fue el caso del Partido Popular Socialista (PPS), creado en 1948, y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), fundado en 1975. Ya para la década de los setenta compartirían telón otros partidos de izquierda que sí se desmarcaban del desempeño "satélite", como el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), (Santiago, 1987). Asimismo, se creó el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), formado en septiembre de 1976, de corriente trotskista y encabezado por Rosario Ibarra de Piedra (González, 2002: 159).

El 17 de diciembre de 1981, el PCM cedió su registro al recién creado Partido Socialista Unificado de México (PSUM), derivado de la unión del PCM, del Partido del Pueblo Mexicano (PPM), el Partido Socialista Revolucionario (PSR), el Movimiento Acción y Unidad Socialista (MAUS) y el Movimiento de Acción Popular (MAP) (González, 2002: 157). Sin embargo, y pese a que la izquierda partidista se aglutinó en una sola fuerza, los resultados electorales no acompañaron a la tendencia, pues el PSUM —en las elecciones presidenciales de 1982— apenas obtuvo 3.48% (Aguayo, 2007: 115). Así, 5% conseguido por el PCM en 1979 seguía siendo el mejor resultado logrado por dicha ideología. La propensión de unificación de la izquierda se acentuó hacia 1987, cuando el PSUM se fusionó con el PMT, el 29 de marzo del año en mención, y se formó el Partido Mexicano Socialista (PMS) (Vivero, 2006: 46).

A diferencia de lo acontecido décadas antes, el año de 1988 vería la unión más grande que se hubiera registrado de izquierda tanto política como social, olvidando la diversidad de personajes que hasta entonces se arrebataban el protagonismo en dicha tendencia, pues tal unión se daría en torno a un líder que, paradójicamente, había militado toda su carrera en el PRI: Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano.

Weber y la dominación carismática

Cárdenas pronto desplegaría el ejercicio de la dominación carismática, ¿pero qué es exactamente dicho tipo de dominación? A continuación realizaremos una síntesis del concepto dominación, en particular de la dominación carismática, dado que Weber contempla tres tipos de dominación.[3]

1. De carácter *racional*: que descansa en la creencia en la legalidad de ordenaciones estatuidas y de los derechos de mando de los llamados por esas ordenaciones a

> ejercer la autoridad (autoridad legal). 2. De carácter *tradicional*: que descansa en la creencia cotidiana en la santidad de las tradiciones que rigieron desde lejanos tiempos y en la legitimidad de los señalados por esa tradición para ejercer la autoridad (autoridad tradicional). 3. De carácter *carismático*: que descansa en la entrega extracotidiana a la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona y a las ordenaciones por ella creadas o reveladas (llamada) (autoridad carismática) (Weber, 2008: 172).

Se entiende por "carisma" la cualidad que pasa por extraordinaria de una personalidad, por cuya virtud se le considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas, o como ejemplar y, en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o líder (Weber, 2008: 193). La dominación carismática da cuenta de diversas particularidades, pero en general la podemos distinguir de los otros dos tipos de dominación de la siguiente manera:

> La dominación burocrática es específicamente racional en el sentido de su vinculación a reglas discursivamente analizables; la carismática es específicamente irracional en el sentido de su extrañeza a toda regla. La dominación tradicional está ligada a los precedentes del pasado y en cuanto tal igualmente orientada por normas; la carismática subvierte el pasado (dentro de su esfera) y es en este sentido específicamente revolucionaria (Weber, 2008: 195).

El carisma es una gran fuerza revolucionaria que inicia los cambios al interior del individuo pues, como se ha mencionado, desconoce toda regla y por tanto todo cambio a partir de un orden impersonal o jurídico. Además, revierte los patrones hasta entonces presentados, corroborados por la longevidad en la asociación, aprovechando entonces la extraordinaria forma de liderazgo.

La validez de dicha dominación reside en el reconocimiento de los dominados hacia las cualidades extraordinarias del héroe o caudillo, pues se contempla: "Sobre la validez del carisma decide el reconocimiento (…) por parte de los dominados; reconocimiento que se mantiene por «corroboración» de las supuestas cualidades carismáticas" (Weber, 2008: 194). La ausencia de tal corroboración pone en peligro al líder carismático, pues si sus cualidades se ven atenuadas o perdidas y, en este sentido, "si su jefatura no aporta ningún bienestar a los dominados, entonces hay la probabilidad de que su autoridad carismática se disipe" (Weber, 2008: 194).

Para su ejercicio, la dominación carismática se apoya en un proceso de *comunicación*,[4] que no es nunca una burocracia, pues su selección no se basa en cualidades profesionales, ya que de hecho es elegido, a su vez, por cualidades carismáticas (Weber, 2008: 194). Debe tenerse presente que si bien, originalmente, la dominación carismática tiene un carácter *extracotidiano*, en el caso que se torne en una relación duradera, entonces la misma varía y

se racionaliza o tradicionaliza (Weber, 2008: 197). Además, debe contemplarse que "La rutinización[5] o adaptación a lo cotidiano no se realiza por lo general sin luchas" (Weber, 2008: 202).

Explicado el tipo de dominación que nos ocupa, daremos paso al desarrollo de nuestro estudio. En adelante se hará referencia a las características aquí sentadas, mas ya no será necesaria su profundización.

La ruptura: la Corriente Democrática. La unión: el Frente Democrático Nacional

En 1986 sucedió un hecho que presagiaba un severo cuestionamiento a la, hasta entonces, rutinaria elección presidencial. A causa del recién instaurado modelo neoliberal, la crisis económica que azotaba al país, así como la facultad del ejecutivo federal de designar a su sucesor, un grupo de militantes priistas cuestionaron el desempeño del hegemónico. Entre los principales críticos se encontraban Rodolfo González Guevara, Porfirio Muñoz Ledo y Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano (Garrido, 1993).

Este último, ingeniero de profesión, poseía un perfil de suma importancia. El ingeniero contaba con un distinguido linaje: era hijo, ni más ni menos, que del mismísimo general Lázaro Cárdenas del Río, aquel caudillo revolucionario recordado como uno de los más comprometidos con los ideales de dicho movimiento. Sin duda, el solo apellido Cárdenas investía al ingeniero de un notable estatus, por lo que el comportamiento desarrollado por éste, así como el propio linaje, constituirían un perfil que le ganaría múltiples adeptos, pues "para las masas es una cuestión de honor depositar la conducción de sus asuntos en las manos de una celebridad, subordinándose así a la dirección de los individuos distinguidos" (Michels, 1996: 113).

Pese al desdén de la mayoría en el PRI, en agosto de 1986 Cárdenas expresaba, sin rubor alguno, las reuniones que mantenían un grupo de priistas con la finalidad de buscar la democratización del partido. Sin embargo, hasta el 1 de octubre del mismo año se daría a conocer el Documento de Trabajo No. 1 de la ya bautizada Corriente Democrática (CD) (Borjas, 2003: 171).[6] En el citado documento se planteaban temas como el manejo de los conductos de expresión, la reactivación de la economía, la elevación de los niveles de vida, así como la elección del próximo candidato presidencial priista. El último punto resulta de particular importancia pues en general el documento "(…) estaba dirigido directamente a cuestionar el poder tradicional de los presidentes de la República para designar a su sucesor" (Torres, 2004: 137).

De esta forma, el partido que desde décadas atrás estaba acostumbrado a las sucesiones de poder rutinarias, se enfrentaba a una importante disidencia. El partido

hegemónico desarrolló una dominación de carácter racional hacia su exterior (con la sociedad en general), pues a fin de cuentas su predominio descansaba en la constitución de órdenes impersonales a través de la burocracia. Pero de manera interna, el hegemónico pronto desplegó un tipo de dominación tradicional, basada en la fiabilidad de la creencia cotidiana y la costumbre que encargaba libre arbitrio al soberano. En otras palabras, dentro del PRI, el presidente de la República en turno era reconocido como el soberano del partido con facultad para dictar pautas a la organización. Para el sistema político mexicano tal reconocimiento se tradujo en las llamadas facultades "metaconstitucionales", de entre las que destacaba la potestad del presidente de la República de nombrar al candidato presidencial del hegemónico, y por ello a su sucesor en el ejecutivo federal (Carpizo, 1988).

Tal facultad —popularmente conocida como "dedazo"— sintetizaba la manera en que se desarrollaban los asuntos en el PRI, por lo que al ser cuestionada, se ponían en evidencia todas las prácticas hasta entonces vigentes. "(…) la (dominación) carismática subvierte el pasado (…) y es en ese sentido específicamente revolucionaria" (Weber, 2008: 195). El segundo punto era el que comenzaba a dilucidarse en Cárdenas, quien pronto se investiría de un carisma absoluto que le llevaría a ungirse como líder de la izquierda.

Por lo pronto, Cárdenas ya era el líder indiscutible de la CD, hecho que, al no ser tomado en cuenta para la designación del candidato presidencial del PRI para competir en los comicios federales de 1988, decidió romper con el hegemónico y salir del partido. El desafío cardenista a las disposiciones priistas se había dado. Por su parte, el político elegido como candidato del PRI fue el secretario de Programación y Presupuesto, Carlos Salinas de Gortari, formalizando su candidatura el 4 de octubre de 1987.

Apenas 10 días después, Cárdenas aceptó, por parte del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), el ofrecimiento de postulación como candidato presidencial, uniéndose, además, el resto de los partidos conocidos como "satélites", el PST (recién nombrado Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, PFCRN) y el PPS (Reveles, 2004:334). Posteriormente se sumarían diversas organizaciones de izquierda que, aunque carecían de registro electoral, contaban con presencia en el plano político y social, como el Partido Social Demócrata (PSD), Partido Nacional del Pueblo (PNP), Partido Verde Mexicano (PVM), Partido Social Revolucionario (PSR), Unidad Democrática de las Fuerzas Progresistas (UDFP), el Consejo Nacional Obrero Campesino y la Alianza Ecologista[7] (Borjas, 2003: 194).

La unión se formalizó el 12 de enero de 1988 bajo el nombre de Frente Democrático Nacional (FDN) (Sánchez, 1999: 148). Hasta ese punto el PMS no se había unido al FDN,

pues de hecho había sido el primer partido que había postulado candidato presidencial desde el 7 de septiembre de 1987, siendo nombrado Heberto Castillo (Reveles, 2004: 334). Sin embargo, en virtud del empuje que demostraba el FDN, el PMS optó por apoyar el movimiento y unirse a dicho frente apenas un mes antes de la elección, fijada para el 6 de julio de 1988.

Cuauhtémoc Cárdenas, ya como líder carismático, fue capaz de motivar la unión del partido heredero de la izquierda, pues las cualidades que el caudillo demostraba rebasaban las expectativas que hasta ese entonces tenía el partido. Si el PMS aspiraba al triunfo tendría que unirse a la causa cardenista. Desde luego, la figura central hacia la cual convergen todos los miembros originales del FDN es la del candidato a la presidencia (Prud'homme, 1997: 6). Todas las organizaciones respondían al llamado del líder carismático, ya que se veía en él amplia posibilidad de llegar al poder.

La elección: sus consecuencias

Tras una exitosa campaña del FDN, el 25 de junio de 1988, en el Zócalo capitalino y frente a más de 200 mil personas, Cárdenas pronunció: "La esperanza ha renacido. El pueblo vuelve a creer y a confiar en su capacidad para transformar sus realidades (…) la gente ha acudido al llamado (…). Sólo un proyecto como el nuestro es capaz de contrarrestar las fuerzas disgregadoras de la nación" (Cárdenas, 1988: 113). El discurso sintetizaba el mensaje que en 1988 fue capaz de transmitir el ingeniero: la necesidad de un cambio en la vida política y social del país, la transformación de las realidades de la sociedad; objetivo por el cual Cárdenas presentaba al movimiento —y por ello a su persona— como el único capaz de realizarlo. En consecuencia, los seguidores se sumaron de forma entusiasta, esperanzada y llena de fe en el movimiento, así, el llamado emocional había sido exitoso. "El carisma es la gran fuerza revolucionaria en las épocas vinculadas a la tradición (…) significa una variación de la dirección de la conciencia y de la acción, con reorientación completa de todas las actitudes frente a las formas de vida anteriores o frente al «mundo» en general" (Weber, 2008: 197).

A tales alturas, Cárdenas ya había desarrollado un perfil carismático de suma importancia. En principio, el ingeniero era hijo del caudillo recordado, quizá, como el más comprometido con los ideales revolucionarios. Además, al cuestionar la facultad "metaconstitucional" del presidente de la República para designar a su sucesor, había dado cuenta de un desenvolvimiento que, en décadas, no tenía precedente: desconocer la consagrada tradición priista del "dedazo" y romper así con las rutinarias sucesiones de poder presidencial.

La elección presidencial de 1988 sería la más competida registrada en la historia de

México, destacando tres fuerzas políticas: el PRI, PAN y el FDN. Sin ahondar en detalles, "(…) Dichos comicios presentarían serias irregularidades durante el proceso y el cómputo final, a lo que el candidato del FDN reclamaría la consumación de un fraude electoral" (Sánchez, 1999: 50).

Los resultados oficiales fueron: PRI, 50.71%, PAN, 16.79% y FDN 30.59%[8] (Aguayo, 2007: 115). Desde luego, la actitud del líder carismático fue desconocer los resultados en virtud de que aseguraba haber ganado la elección, por lo que en un mitin llevado a cabo el 16 de julio en la capital, declaró: "Se faltó al compromiso (…). Desde el 6 de julio se atropella al pueblo, se viola la legalidad y se está hoy en las fases finales de un gran fraude electoral (…)" (Cárdenas, 1988: 129).

A juicio de Cárdenas, las autoridades actuaron parcial y nocivamente para su causa. Justamente, como en todo liderazgo carismático, las descalificaciones no se hicieron esperar, pues debe tenerse en cuenta que "(…) ningún rey ungido o caudillo carismático ha tratado a los oponentes o a las personas fuera de su alcance sino como incumplidores de un deber" (Weber, 2008: 194). Dicha situación se acentúa si, como era el caso, se presentaban serias dudas sobre la legitimidad del proceso electoral.

Las expresiones de descontento por parte de Cárdenas se transformaron en una importante propuesta: consolidar el frente que había participado en la elección de 1988 a través de la creación de un partido político. Como era de esperarse, dado su desempeño histórico, la propuesta no fue bien recibida por los partidos "satélite" PPS, PARM y PFCRN, quienes rápidamente se desligaron del frente por lo que, de los partidos con registro que habían participado en el FDN, sólo el PMS aceptó la convocatoria (Reyes y Valdés, 1994:202). De este modo, el 21 de octubre de 1988 se proclamó la convocatoria para constituir el Partido de la Revolución Democrática (PRD), teniendo lugar la Asamblea Nacional Constitutiva los días 5, 6 y 7 de mayo de 1989 (Baena y Saavedra, 2004: 221). Nació entonces el PRD.

Debe recordarse que la dominación carismática tiene un fundamento relacionado netamente con su capacidad de allegar recursos. "Si falta de un modo permanente la corroboración (…) y, sobre todo, *si su jefatura no aporta ningún bienestar a los dominados*, entonces hay la probabilidad de que su autoridad carismática se disipe" (Weber, 2008: 194). Si bien el ingeniero no pudo revertir los resultados electorales de la elección presidencial de 1988, tampoco se mostró timorato o indiferente, por el contrario, aprovechó los adeptos ganados y les dio continuidad a través de la creación de un partido de oposición.

Bajo tales características, se reprodujo lo vivido en el FDN —donde Cárdenas había sido el factor de cohesión—, la personificación del mando en el líder carismático estuvo fuertemente presente

en la recién creada organización partidista. "(…) la presencia de Cárdenas en el Partido de la Revolución Democrática implicó una dominación carismática, que sólo podría disiparse cuando su liderazgo no aportara ningún bienestar a los dominados" (Borjas, 2003: 294). Cárdenas ejerció una dominación carismática en el partido, la cual se consolidó y, propio de la misma, comenzó a desaparecer o rutinizarse.

El Partido (partido) de la Revolución ¿Democrática?

Diversos factores estuvieron presentes en el nacimiento del PRD, sin embargo, dos de ellos fueron los más importantes: el faccionalismo interno y el liderazgo carismático. Si en un inicio la figura hacia la cual se orientaban los diversos integrantes del FDN era en la de Cárdenas, para la constitución del PRD las fuerzas cohesionadas habían variado, no así su factor común. "De hecho la fuerza del partido: (es) el movimiento nacional que se identificaba con Cárdenas. El cardenismo es más fuerte que el PRD" (Meyer, 1989: 122). Cárdenas representaba el referente donde las diversas fuerzas adherentes encontraban cohesión: sólo la figura del ingeniero podía articular en un solo partido a organizaciones que hasta entonces se habían mantenido distantes.

La impronta perredista era la diversidad de fuerzas y la existencia de un liderazgo carismático, génesis al cual aplicaría la fuerte sentencia de Angelo Panebianco: "Las peculiaridades del periodo formación de un partido, los rasgos en que se refleja su gestación, pueden, en efecto, ejercer su influencia sobre las características organizativas de aquél incluso a decenios de distancia" (1993: 109). La inusitada unión de izquierda que nació con el PRD escondía problemas organizacionales que dejarían su huella en el desarrollo de dicho partido.

> Al fincarse bajo un liderazgo carismático, el partido pasaría por alto la necesidad de sufrir un proceso de institucionalización. Las condiciones que dicho proceso supone, como por ejemplo la centralización de la autoridad, el grado de sistematización, el control de la organización de los grupos internos y de su capacidad de allegarse recursos, y un largo etcétera, eran bien sustituidos por la figura del líder carismático (Rivera, 2009: 91).

Como expone Panebianco, si en el modelo originario de un partido político (siendo aquellos factores que al combinarse de distintas maneras dejan su huella en la organización y definen sus características originarias) se presenta un líder carismático que sea el único e indiscutible intérprete de un grupo de símbolos que llegan a ser inseparables de su persona, entonces se produce un efecto peculiar: una coalición dominante unida a pesar de la ausencia de un proceso de institucionalización[9] (Panebianco,

1993). Dicho efecto fue el que Cárdenas, como líder carismático, pudo lograr en el PRD, situación que, como se apuntó, sustituía el tan necesario proceso de institucionalización: la dominación cardenista generaba un espejismo de estabilidad y consolidación organizacional.

Como toda dominación carismática, la superioridad de Cárdenas no necesitaba verse sustentada formalmente, ya que si bien en el Primer Congreso Nacional del PRD —llevado a cabo en 1990— se le entregó la presidencia del partido, la salida de dicha posición, el 28 de febrero de 1993, no mermaría su dominio en el mismo, puesto que "(…) la dominación carismática de Cárdenas se prolongó durante once años" (Borjas, 2005: 105). Tal superioridad fue posible, en gran medida, gracias a las lealtades generadas en torno al ingeniero, pues dado el predominio que mostraba, éste inició un proceso de *comunización*, es decir, eligió a sus allegados. En el PRD importantes personajes como Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez y Andrés Manuel López Obrador, representaban incondicionales cardenistas.[10]

Ante la superioridad cardenista, voces como las de Jorge Alcocer —en 1990— se dejaban oír: "Para poder discutir hay que estar alineado con Cuauhtémoc Cárdenas. Si se combate el autoritarismo, el PRD debe ser consecuente en su vida interna. Y la verdad es que las cosas del partido no se resuelven en las instancias formales, sino en consultas privadas (…) creo que la ausencia de democracia en el partido explica mucho su línea política (…)" (Borjas, 2003: 381). Un año después de creado el Partido de la Revolución *Democrática* se denunciaba una falta por demás grave en dicha institución: incumplimiento del ideal democrático. Como explica Duverger "(…) la dirección de los partidos presenta el doble carácter de una apariencia democrática y de una realidad oligárquica" (2000: 163).

Los principios democráticos exigen la elección de los dirigentes partidistas en todos los escalones, por ello su renovación será frecuente y en consecuencia su autoridad se verá debilitada. Entonces, la eficacia práctica impulsa a los partidos a contrariar los principios democráticos donde, si bien tal desconocimiento es una tendencia partidista general, ésta se acentúa en virtud de las diversas particularidades del partido político del que se trate.

En el PRD es la dominación ejercida lo que explica la dirección al margen de los principios del partido, la falta de democracia en todos los niveles, la imposición de una voluntad y un liderazgo poco inclusivo. No obstante, pese a que el ideal democrático cuestionaría una dirección como la cardenista dentro del PRD, no debe olvidarse que fue gracias al citado líder que el partido encontró cohesión y se presentó como altamente "institucionalizado".

Si bien, el primer grado que da cuenta del nivel de institucionalización —es decir,

la autonomía— ya ha pasado a ser un logro partidista dado el tamaño y complejidad de la propia organización, la segunda variable que mide la institucionalización —el grado de sistematización— sólo encuentra explicación en la figura cardenista. Es gracias a Cuauhtémoc que existe una fuerte interdependencia entre las subunidades, pues él garantiza el control centralizado de los recursos dentro del partido, así como de los intercambios de tal organización con su entorno. A pesar de estar compuesto por varias corrientes, el PRD se encuentra cimentado y unido por la figura de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, situación vigente en cuanto a la autoridad carismática no se disipe, o bien, rutinize.

El dominio y ocaso cardenista

Para 1994, meses antes de las elecciones presidenciales, Cárdenas reclamaba a su partido los resultados obtenidos en una reciente negociación política en materia electoral, ante lo cual Arnaldo Córdova expresaba: "(…) su rencor del 88 es, al parecer, invencible (…) el problema es que nos arrastra siempre a todos, sin que podamos ser escuchados ni tomados en cuenta (…) ¿en dónde está escrito que para que el PRD negocie con otros Cuauhtémoc Cárdenas tiene que dar su aval?" (Sánchez, 1999: 56). Tales expresiones enjuiciaban al liderazgo cardenista: el control centralizado de los recursos y sus decisiones respecto al entorno del partido.

A pesar de que el liderazgo cardenista fue capaz de generar cohesión interna, nos encontramos con que éste, a su vez, representó un obstáculo para el desarrollo organizativo del mismo partido, pues dada la naturaleza de su liderazgo, se provocó una limitada estructura de oportunidades para todos aquellos militantes que lo cuestionaran, así como una falta de inclusión sobre las decisiones políticas de los grupos que se encontrasen fuera de la coalición dominante.

Pese a expresiones como la citada de Córdova, el ingeniero tuvo su mayor prueba en el ejercicio electoral en el ámbito presidencial, participando como abanderado perredista. Los resultados en tales comicios no lo acompañaban y obtenía tan sólo 16.6% (Aguayo, 2007: 115). Después de la elección presidencial en 1994, el PRD entró en un severo debate interno sobre su línea política y su relación con el gobierno. Ya se contraponía el radicalismo de Cárdenas y el protagonismo de Muñoz Ledo, entre la idea de un gobierno de salvación nacional y la de transición pactada (Reyes y Hernández, 2006: 95).

A causa de los magros resultados obtenidos en la elección presidencial de 1994, las pugnas entre corrientes eran de esperarse, por lo que apenas un año después, las fracciones se reagruparon principalmente en "rupturistas" (los que seguían a Cárdenas) y "dialoguistas" (seguidores de Muñoz Ledo)

(Reveles, 2004: 38). Se abrió, entonces, una etapa de tensión en el partido, donde ya incluso Muñoz Ledo marcaba distancia con Cárdenas, pues el fundamento de la dominación carismática es la aportación de algún beneficio a la comunidad dominada, mismo que en las recientes elecciones no se había dado.

Puesto que Cárdenas no había aportado los beneficios por la comunidad esperados, su autoridad fue seriamente cuestionada. Para el PRD, la situación evidenciaba su baja institucionalización, pues cuando se enjuiciaba al líder, el grado de sistematización era bajo y las fracciones manifestaban su heterogeneidad.

Con las corrientes internas ya confrontadas por su respectiva posición sobre el líder, el PRD llegó a su Tercer Congreso Nacional celebrado en 1996, eligiendo a Andrés Manuel López Obrador como nuevo presidente del partido. La posición de Obrador, quien se apegaba al juicio cardenista, sería de total importancia para que el ingeniero obtuviera la candidatura y, de hecho, jefatura de gobierno en el Distrito Federal (DF) en la primera elección popular que se realizaría para tal cargo en 1997. Para dicho año, Cárdenas ya había recobrado una parte de ese gran capital político que había poseído. Aunque no con la fuerza de nueve años atrás, la situación fue propicia para el resurgimiento del líder (Sánchez, 1999: 60).

Pese a los cuestionamientos sufridos a raíz de la elección de 1994, Cárdenas aún era el líder indiscutible perredista: contaba con un hombre de su cuadro administrativo en la presidencia nacional del partido, el cuestionamiento de Muñoz Ledo no representaba un severo peligro para su dominio, y ganaba la primera elección llevada a cabo en la capital mexicana. Bajo tal escenario, Cuauhtémoc pudo continuar por encima de las diferencias entre corrientes y como figura de cohesión en las mismas. Ahora el PRD contaba con una victoria que le brindaba proyección en el plano nacional, por lo que el liderazgo cardenista se veía sustentado por los resultados y se generaban favorables expectativas sobre el futuro del partido. Reaparecían, en parte, las cualidades extraordinarias del líder, su jefatura aportaba bienestar a los dominados, por lo cual se obtenía unidad dentro de los séquitos. Confirmar la posición de Cárdenas como líder indiscutible, regresaba al PRD a su situación genética: falta de institucionalización, pero una coalición dominante fuerte creada en torno a un líder carismático, que garantizaba la centralidad de las decisiones organizativas y la sistematización en las subunidades.

Apenas dos años después, el PRD llegó nuevamente a su Congreso Nacional, cónclave que sirvió para formalizar, nuevamente, la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas. Dicha situación no era del agrado del antaño incondicional del ingeniero: Porfirio Muñoz Ledo, quien ya había manifestado con anterioridad cierto cuestionamiento a Cárdenas, pero cuya

posición lo llevaba a abandonar el partido evidenciando al ingeniero por su apoyo a López Obrador en 1996, su presión a los aspirantes a la presidencia nacional de 1999 para obtener su lealtad y, sobretodo, cuestionaba que no hubiera oportunidad de renovar su liderazgo (Reveles, 2004: 53). Aunque se presentaron cuestionamientos importantes, una vez más la prueba verdadera a Cárdenas serían las elecciones del año 2000. En tal proceso el ingeniero perdió definitivamente el control del PRD.

Para esta elección, Borjas sentencia: "En la campaña de 2000 Cárdenas dejó de ser la fuerza revolucionaria" (2005: 108). El ingeniero no presentaba ya cualidades carismáticas, lo había abandonado esa aureola revolucionaria que despertara emoción social. Aunado a ello, los resultados electorales fueron adversos otra vez con 16.64% del total. Si bien el porcentaje fue un poco mayor que el de 1994, la comunidad esperaba más beneficios, y dada su falta, desconocieron a Cárdenas como líder moral del PRD. Jesús Ortega —líder de una importante corriente— declaraba: "Hemos externado la necesidad de que el PRD deje de ser un partido que dependa de un liderazgo (…). En el PRD a partir de ahora ya no hay intocables, Cuauhtémoc ya no es intocable" (Reveles, 2004: 60).

Una vez más aparecía en el PRD su evidente falta de institucionalización: cuando el líder era cuestionado, las decisiones en el partido no se centralizaban y, dado el bajo grado de sistematización, las corrientes internas gozaban de un amplio margen de maniobra, mismo que, para este caso, les permitía abiertamente desconocer la superioridad del hasta entonces líder Cuauhtémoc Cárdenas. El ocaso cardenista significó el desvanecimiento del espejismo de la institucionalización y con ello el control y armonía dentro del partido, pues el cemento que mantenía unidas a las diferentes corrientes internas —encarnado a través de la figura de Cárdenas— no generaba más ese efecto, ahora las facciones comenzaban a luchar por espacios de poder sin árbitro de por medio.

A la par de la derrota cardenista de 2000, en el DF, Andrés Manuel López Obrador (AMLO) fue electo jefe de gobierno. Gracias a la exitosa administración capitalina del político originario de Tabasco, así como al contexto de vacío de poder, fue como pronto se presentó la unción de un nuevo líder carismático en el PRD. Pero ¿quién era AMLO y cómo llegaría a ser el nuevo líder del PRD?

El nuevo caudillo, la misma historia

Al igual que Cárdenas, la carrera de López Obrador comenzó en las filas del PRI hacia finales de los setenta, cuando por órdenes del entonces gobernador de Tabasco, Leandro Rovirosa, fue nombrado delegado del Instituto Nacional Indigenista, ocupando el puesto hasta 1982, dado que fue designado

director del Centro de Estudios Políticos Económicos y Sociales (CEPES) del PRI en Tabasco.

En dicha entidad, López Obrador fue presidente del Revolucionario Institucional por un breve lapso para, previa renuncia al partido, trasladarse a la ciudad de México y trabajar en el Instituto Nacional del Consumidor hasta 1988, año en el que se unió al FDN (*Proceso*, 1235, 04/07/2000). De hecho, participó por medio de esta coalición como su abanderado para la gubernatura de Tabasco, sin que los resultados le favorecieran.

Ya dentro del PRD, López Obrador fue ganando proyección: fue el primer presidente del partido en Tabasco donde, en las elecciones locales de 1991, obtuvo el primer triunfo municipalmente para su partido y para la oposición en la historia del estado. Años después, en 1994, la candidatura al gobierno de Tabasco le fue otorgada y en una inesperada cerrada competencia, Andrés Manuel evidenció el actuar de ciertas instituciones a favor del candidato del PRI y de su candidato Roberto Madrazo.[11] Imposibilitado para revertir los resultados, Obrador se limitó a señalar las fallas institucionales y a continuar su carrera en el PRD.

López Obrador en todo momento gusta de definirse como un político fuera de lo tradicional, y escribe: "Cuando uno ha sido dirigente social por muchos años y ha pasado por situaciones difíciles, va aprendiendo. Sabe qué puede hacer (…) Un político tradicional no lo sabe porque nunca convive con la gente (…) los políticos tradicionales están en realidad divorciados de la mayoría del pueblo" (López, 2007: 53). En efecto, AMLO no es un político tradicional, con su carácter es capaz de contagiar a los seguidores, quienes se entregan a él en virtud del perfil que presenta. No obstante, hasta antes de 2000, López Obrador no había cuestionado el liderazgo cardenista, las cualidades carismáticas del tabasqueño se limitaban al ámbito local y, desde luego, no contraponían el juicio del ingeniero, pues era más bien uno de sus allegados, proximidad que le vale —como se ha visto— el apoyo para llegar a la presidencia nacional del partido y ganar proyección nacional dentro de dicha organización.

La Ciudad de la Esperanza[12]

Tras el último momento de influencia cardenista en 2002 —en la elección de presidente nacional del partido— Obrador comenzó a despegar como líder del PRD. La administración capitalina de la cual estaba al frente desde el año 2000 pronto le valió al tabasqueño el reconocimiento por parte de los perredistas. Así, la sucesión de liderazgos en el PRD no se dio por designación del líder anterior o del cuadro administrativo, sino que se presentó en un contexto de vacío de poder en la dirección real del partido, pues el hasta

entonces líder había perdido toda cualidad carismática, y por lo tanto el papel de líder carismático —y por ello de unión entre las corrientes— estaba disponible.

En este escenario, la peculiar administración obradorista pronto se reflejó en el reconocimiento de sus compañeros. Se olvidaron las declaraciones de Ortega y pronto el partido se vio sometido nuevamente al arbitrio de un liderazgo carismático. A decir de Panebianco en lo referente a que las peculiaridades presentes en la formación de un partido impactan en éste, incluso décadas después; en el PRD, la dependencia hacia un liderazgo carismático que brindara cohesión partidista no se había superado, el proceso de institucionalización no se había dado, por lo que la unción de un nuevo líder constituía una necesidad para la unidad interna.

La popularidad y éxito del gobierno en el DF se debían a una serie de políticas asistenciales a madres solteras, adultos mayores, discapacitados, subsidios a productos de la canasta básica, la creación de 15 preparatorias y una universidad, la entrega de desayunos escolares, etc. (Grayson, 2006). Estas fueron algunas de las políticas que pusieron a Obrador a la cabeza en las encuestas de opinión y que diferenciaron su administración del resto de los gobiernos, incluyendo al gobierno federal.

Para la causa obradorista y la diferenciación con el gobierno federal, se tradujo exitosamente en los comicios de 2003, donde el PRD obtuvo 11 escaños adicionales en la Asamblea Legislativa local así como tres delegaciones más (Borjas, 2005: 455). Con la aceptación ganada entre 2000 y 2003, el tabasqueño era capaz de imponerse cada vez con más fuerza como líder carismático, lo que ya se traducía en la actitud obradorista con el resto de las instituciones y normatividades. "Aun cuando López Obrador asegura aceptar y respetar reglas institucionales (…) cuestiona las leyes, critica a las autoridades y, convencido de que la razón le asiste, hace propuestas de toda índole y aplica las normas y procedimientos conforme a su criterio (…)" (Borjas, 2005: 456). En efecto, el único referente de dirección en la dominación carismática es el juicio del caudillo, quien toma las decisiones sin consenso alguno y, convencido de tener la razón, cuestiona y descalifica todo criterio que sea contrario al suyo.

Con la aceptación ganada en la primera mitad de la administración capitalina, Obrador se hizo notar en el plano político nacional de manera importante, enfrentando, inclusive, el acoso del gobierno federal a partir de situaciones como la referente a pagar una deuda a un particular por una expropiación, el paraje San Juan, en donde "(…) AMLO ganó la disputa judicial y la simpatía de la mayoría de la población. Con ello fortaleció su imagen de «indestructible», al tiempo que desacreditó a las instituciones como instrumentos para regular la vida social" (Lajous, 2006: 54). La imagen obradorista crecía cuando superaba embates como el mencionado, al cual le siguieron: la divulgación del sueldo de Nicolás

Mollinedo —el "chofer" de Obrador— y el asunto de los "video-escándalos" donde se comprometía a gente allegada a AMLO en asuntos de corrupción. Sin embargo, la total superioridad del tabasqueño y realineamiento perredista en torno éste se daría en 2005, tras el proceso de desafuero en contra de Obrador.[13]

Emprendido formalmente por la Procuraduría General de la República (PGR), el proceso de desafuero llevado a cabo en abril de 2005 tenía como objetivo que el tabasqueño perdiera sus prerrogativas políticas y con ello la posibilidad de contender por la presidencia de la República en 2006. El asunto se resumía a que, en noviembre de 2000, aún antes de que López Obrador tomara protesta, el gobierno capitalino expropió una franja del predio El Encino, ubicado en Santa Fe, esto con la finalidad de extender una calle que comunicara a un hospital, motivo por el cual el propietario de dicho terreno se amparó. Ya bajo la administración de López Obrador, los trabajos quedaron suspendidos, sin embargo, años después, el Ministerio Público Federal consideró que el jefe de gobierno había violentado el amparo concedido.

El 17 de mayo de 2004, la PGR solicitó formalmente a la Cámara de Diputados la procedencia del proceso de desafuero (López, 2007: 161). El asunto cobró relevancia hasta 2005 cuando, el 7 de abril del mismo año, el pleno de la Cámara —con una votación de 360 votos a favor— eligió como procedente el juicio de desafuero contra López Obrador.

A pesar de todo y lejos de perjudicar al tabasqueño, el desafuero catalizó la superioridad obradorista en el PRD, pues lo cierto es que en torno a la protección de AMLO el partido volvió a unirse obviando las diferencias entre corrientes. Paralelamente, el PRD enfrentó la renovación de su presidencia nacional, por lo que a finales de abril se llevó a cabo su IX Congreso Nacional, foro en el que, a diferencia de congresos anteriores, no hubo mayores conflictos entre las corrientes: el mensaje que se extraía era la unidad y respaldo que el partido brindaba a AMLO. "(…) Quedó bien clara la posición inatacable de López Obrador (…) el partido se unió tras su líder" (Loaeza, 2007: 163). Igualmente, por esos días el personaje que años atrás había declarado la necesidad de superar los liderazgos personalizados, ahora demostraba un total acatamiento al liderazgo obradorista, Jesús Ortega olvidó sus palabras y la superioridad de AMLO.

El ataque que debía terminar con la figura del tabasqueño fracasó estrepitosamente,[14] por el contrario, favoreció la construcción de una imagen de AMLO como víctima, reforzando también su imagen personal como líder y expandiendo su aureola carismática (Olvera, 2007: 189). Las distintas torpezas legales cometidas durante el proceso impidieron fincar responsabilidad alguna al tabasqueño, pues de hecho el primer revés se dio dos días antes de la llamada Marcha del Silencio, cuando el juez de distrito, Juan José Olvera López, regresó a la PGR el expediente de

consignación, dado que ésta había incurrido en serias irregularidades en la integración del caso (*Proceso* 1486, 24/04/2005).

En adelante el proceso se tornó bochornoso y de evidente dolo contra el tabasqueño, por lo que pronto llegó a su fin sin hallar culpable alguno. Dada la superioridad demostrada por AMLO ante actores políticos de todos niveles, su liderazgo pronto regresó al PRD a su situación primigenia: un partido cohesionado a costa de una subordinación absoluta al líder carismático, postergando el tan necesario proceso de institucionalización.

A tales alturas, López Obrador se había hecho de un cuadro administrativo de suma importancia, teniendo incondicionales en diferentes posiciones estratégicas del Partido. Celebrada la elección para presidente nacional del partido a finales de abril, la dirigencia recayó en la figura de Leonel Cota Montaño, personaje impulsado en tal proceso por el propio López Obrador.

La presidencia del partido en el DF también presentó un allegado a Obrador: Martí Batres, político que desde 1997 tenía contacto con el tabasqueño y, tras su paso como diputado federal, fue invitado por éste a participar en la Subsecretaría de gobierno en el DF y después fue electo presidente local del partido. Alejandro Encinas fue otro político afín al tabasqueño, pues desde 2003 se desempeñó como secretario de Gobierno capitalino y estuvo a cargo del gobierno en el DF mientras duró el proceso de desafuero.

Igualmente, Marcelo Ebrard Casaubón fue un político de la confianza de Obrador. Éstos comenzaron su relación en el año 2000 cuando Ebrard, candidato a la jefatura de gobierno por el Partido del Centro Democrático (PCD), propuso a Obrador contender en alianza, éste último aceptó y, de hecho, invitó a Ebrard para formar parte de su gabinete. Para 2005, Ebrard era considerado el candidato más fuerte para contender por la jefatura de gobierno del DF, lo que no resulta una posición menor (*Proceso*, 1484, 10/04/2005).

En consecuencia, el líder carismático contaba con allegados de la presidencia nacional del partido, de la presidencia local del partido, del gobierno interino del DF, además del político que se perfilaba como el próximo jefe de gobierno, lo que suponía extender su presencia en el bastión regional más importante para el PRD.

Ya superado el desafuero, en julio de 2005, AMLO fue aclamado candidato presidencial del PRD en un proceso de elección interna en el que fue el único participante, ungido al mismo tiempo como candidato del Partido del Trabajo (PT) y del Partido Convergencia (PC), conformándose así la Coalición Por el Bien de Todos (CPBT) (Loaeza, 2007: 163). Para dicho momento no existía oposición hacia AMLO al interior del partido, y de existir sólo era entre sublíderes y tendencias que buscaban una posición más próxima al tabasqueño.

Bajo tales circunstancias, el partido se encontraba fuertemente cohesionado por las cualidades extraordinarias del líder, mismas que le otorgaban el monopolio de la dirección del partido pues se prometía, como máximo beneficio, la Presidencia de la República. A causa de la superioridad obradorista, una vez más las diferencias entre corrientes se zanjaban exitosamente, ello comprometiendo nuevamente el ideal democrático en la estructura perredista, pues el supuesto ejercicio de elección interna no presentó alternativa alguna, el tabasqueño fue el único contendiente.

La elección de 2006

La superioridad obradorista demostrada en su unción y aclamación como candidato presidencial, sentó las condiciones para una campaña presidencial altamente personalizada, de hecho, incluso antes de iniciada tal, AMLO ya había eclipsado al PRD. Para agosto de 2005 la intención de voto por el PRD sin candidato era de 22%, pero cuando se incluía el nombre de AMLO el porcentaje se disparaba a 38% (Loaeza, 2007: 163). La sola mención del tabasqueño impactaba positivamente en los números del partido. Era esta superioridad la que permitía a AMLO estar exento de cualquier competencia dentro del partido e incluso prescindir del apoyo del anterior líder carismático: Cuauhtémoc Cárdenas.[15]

A aquella figura que había sido el primer líder carismático del PRD, que lo había creado y en el cual había dominado por más de una década, ahora ni siquiera se le otorgaba la oportunidad de conseguir la candidatura presidencial, como se apuntó, la elección interna no presentó opciones distintas a la obradorista. Aunque Cárdenas, todavía como líder del partido, impulsara en diversas ocasiones a AMLO, tal apoyo nunca significó su designio para sucederlo en la dirección del partido, el ascenso del tabasqueño se dio en un contexto de vacío de poder donde las cualidades extraordinarias de Cárdenas se disiparon. El nuevo líder no fue designado por el anterior o por el cuadro administrativo previo, sino por las propias características demostradas por el tabasqueño.

Iniciada oficialmente el 19 de enero de 2006, la campaña presidencial de AMLO comenzó muy alejada de la pompa y rimbombancia acostumbradas en dichos eventos, llenos de miles de simpatizantes y en lugares emblemáticos. Arrancó en Metlatónoc, Guerrero, uno de los municipios más pobres del país. En palabras del propio AMLO: "(…) una vez más quise dejar de manifiesto mi compromiso con los desposeídos y olvidados de México" (López, 2007: 105).

El éxito en los primeros meses de la campaña fue precedido por la continua presencia política de la que había gozado AMLO en el ámbito nacional. Para marzo de 2006 contaba con 12 puntos de ventaja sobre su rival más próximo, Felipe Calderón,

contendiente del PAN (Olvera, 2007: 191). No obstante, apenas en abril, la diferencia favorecía al panista con 35% de preferencia y a AMLO con 34% (Loaeza, 2007: 156). La dramática caída del tabasqueño puede encontrar explicación en dos partes.

Por un lado, la arremetida ilegal de la derecha a través de *spots* publicitarios en los que se señalaba a AMLO un peligro para México, así como la participación, igualmente ilegal, del Consejo Coordinador Empresarial (CCE) orientando el voto ciudadano.[16] El impacto de dicha acometida no fue menor, pues en general la CPBT recibió 32 mil 317 segundos negativos en los medios, el doble del tiempo recibido por la Alianza por México (PRI-Partido Verde Ecologista de México) y el PAN (Acosta, Aguayo y Treviño, 2009: 8). Las campañas negativas alentaron la inequidad y la parcialidad, pues después de transmitirse los *spots* injuriosos, se incrementaron en casi tres veces las valoraciones negativas hechas en un buen número de noticiarios, siendo el perjudicado el tabasqueño cuya valoración negativa pasó de 3 524 segundos, en febrero, a 9 662 segundos en marzo (Acosta, Aguayo y Treviño, 2009: 9).

Por otro lado, la izquierda mostró poca capacidad autocrítica y de respuesta ante la campaña de la derecha, además de un exceso de confianza visto en la negativa de AMLO a participar en el primer debate presidencial celebrado el 25 de abril de 2006 (*La Jornada*, 26/04/2006). Igualmente, lejos de que el tabasqueño moderara sus críticas hacia el gobierno federal, presentara sus ideas de un modo menos confrontante, además de que enfrentara directamente la campaña negativa que la derecha lanzaba en su contra, AMLO persistió en el mismo estilo de campaña inicial y no cambió el rumbo (Olvera, 2007: 191).

Las diversas violaciones a la ley por parte de todos los actores involucrados configuraron un escenario electoral en el que la desconfianza y la duda imperaban. Realizadas el 2 de julio, las elecciones arrojaron resultados hasta septiembre. Así, el 5 de septiembre el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF) declaró que, aun cuando se acreditaban serias irregularidades en el proceso electoral como las declaraciones del presidente de la República, la transgresión en la que incurrió el CCE, así como la confirmación de la ilegalidad en la propaganda negativa del PAN, en primera instancia, y posteriormente de la CPBT, tales anomalías no fueron consideradas determinantes para impedir la declaración de validez de la elección (*La Jornada*, 06/09/2006).

Las cifras oficiales señalaron que 14 millones 916 927 votos —35.71%— fueron para Calderón, y 14 millones 683 mil 96 votos para AMLO —35.15%— esto es una diferencia de 233 mil 831 sufragios —0.56%—, el TEPJF declaró válidas las elecciones del 2 de julio y dio el triunfo a Felipe Calderón (*La Jornada*, 6/09/2006). El fallo del TEPJF fue calificado por AMLO como un atentado a la legalidad, por lo que

declaró la necesidad de: "reasumir el ejercicio de la soberanía popular y abolir de una vez y para siempre el régimen de corrupción y privilegios que impera en el país. Por eso, aunque no les guste a mis adversarios, ¡al diablo con sus instituciones!" (*La Jornada*, 06/09/2006).

La elección presidencial del 2 de julio de 2006 no ofreció los resultados esperados por el líder carismático y por su comunidad. A pesar de que los números en 2006 respecto a 2000 habían aumentado 100% en la coalición donde el PRD era la principal fuerza política. De tener claros triunfos en los poderes ejecutivos del DF, Baja California Sur, Chiapas, Guerrero, Michoacán y Zacatecas, así como de haber obtenido 159 diputaciones federales y 36 senadurías (de las cuales en concreto al PRD le correspondían 124 y 29 respectivamente), lo cierto es que la negativa obradorista a aceptar la derrota presidencial opacó tales resultados. En cierto sentido, las cualidades del líder se hicieron presentes, pues quienes lo habían apoyado obtuvieron múltiples victorias, sin embargo, el principal objetivo no se consiguió. ¿Qué había fallado el día de la elección, las instituciones o las cualidades del líder, la dominación burocrática o la dominación carismática?

¿Presidente legítimo?

Reclamado por AMLO y en principio secundado por los dominados en el PRD, se presumió la consumación de un fraude electoral. Tal como el fraude de 1988, el de 1991, el de 1994, así del "complot" sufrido —desde el caso del paraje San Juan hasta el desafuero—, AMLO arguyó, una vez más, ser víctima de las injusticias institucionales que se encuentran al servicio de los actores que él reconoce como la "mafia" política. El tabasqueño se vio como un mártir de las corruptas instituciones, así lo demostraron sus continuas diferencias con tales. Las instituciones le arrebataron la Presidencia de la República, por lo que resultó natural el reclamo del caudillo, utilizando (¿acaso arrastrando?), en su refunfuño, al partido que aún se encontraba bajo su dominio.

Tras conocer los resultados adversos del 2 de julio, la reacción posterior de las corrientes partidistas fue la de total apoyo al líder, pues éste evidenciaba el faccioso actuar institucional que, en su contra, ya tenía antecedentes. Así, se señaló a las instituciones como las responsables de la derrota y no a la falta de cualidades del caudillo. La decisión obedecía a un buen juicio pues, no importando las flagrantes violaciones a la ley que las propias instituciones reconocieron, éstas se apresturaron a anunciar su veredicto, validando un ganador y, entonces, convalidando un fraude electoral.

Ello solventó la decisión obradorista de constituirse en un gobierno alterno. AMLO desconoció a las instituciones y, para el 16 de septiembre, se proclamó "Presidente Legítimo de México" (*La Jornada*, 17/09/2006). Para

el PRD el juicio de su líder fue concreto: desconocer las instituciones políticas de las que hasta entonces se participaba. A los dominados se les presentó una disyuntiva: por un lado estaba el camino que había trazado su líder por la vía alterna a las instituciones, por el otro, aprovechar los resultados obtenidos en la elección federal así como en las gubernaturas y apuntalarse como el segundo partido en importancia nacional.

De manera inmediata, los seguidores optaron por la primera opción, no sólo apoyando al líder para ungirse como "Presidente Legítimo", sino además, sometiéndose a sus posteriores decisiones. No obstante, el costo que tal actitud acarreó fue demasiado alto, pues el PRD se vio continuamente marginado de toda negociación política.

Así, el periodo de resistencia redujo al PRD a un mero instrumento del líder, quien reforzó el personalismo y la imposición de su agenda y programa (Olvera, 2007: 194). Con todo, y pese a argumentar la razón, el tono confrontativo y de desconocimiento a las instituciones ya cobraba facturas. En una encuesta realizada en septiembre de 2006, a la pregunta "si hoy fueran las elecciones ¿por quién votaría?" los resultados eran: López Obrador con 28% y Felipe Calderón con 55% (Loaeza, 2007: 157). Si en su momento los números en el PRD se fueron al alza con la sola mención del tabasqueño, para entonces —y ya previo desconocimiento institucional— el razonamiento inverso era igualmente válido. La actitud de Obrador le valía el rechazo de un importante número de ciudadanos y, en ese sentido, el juicio negativo se extendía al PRD. Ante ese panorama ¿cuánto tiempo soportarían los dominados el peso del líder?

Aunque presentes desde antes, fue a mediados de 2007 cuando los cuestionamientos al tabasqueño se hicieron más fuertes, mas la superioridad que aún demostraba AMLO para esos momentos acalló los mismos. Los quejosos ya eran bien identificados como la corriente liderada por Jesús Ortega. Los detractores obradoristas aprovecharían el hecho de que los partidos carismáticos democráticos no pueden establecer principios que comprometan la obediencia al jefe, pues la misma se da, como en toda relación de dominación carismática, en tanto el caudillo otorga beneficios a los dominados, por ello la fuerza de los detractores aumentaría a medida que las acciones dictadas por AMLO, lejos de beneficiar al PRD, le marginaran de espacios de poder.

El momento de abierto desconocimiento a Obrador como líder moral se dio tras el ejercicio para elegir presidente nacional del partido en marzo de 2008. Para lo cual se presentaron los candidatos Alejandro Encinas, incondicional de Obrador, y Jesús Ortega, quien ya había demostrado su desconocimiento al tabasqueño. Así, en 2008 las diferencias al interior del partido se hicieron presentes, ya que quien hasta entonces unía las diversas corrientes había perdido fuerza, siendo incapaz de llevar

beneficios a los dominados. Las luchas entre tendencias, a causa de la búsqueda de la presidencia nacional del partido[17] dejaron de ser subterráneas y todavía menos optaron por hacerse del favor obradorista.

Se proyecta por los disidentes un escenario que permite competencia y que premia al actor que mejor juegue a la política. Los resultados de tal proceso fueron discutidos y dirimidos por instancias fuera del partido, por lo que para noviembre, el TEPJF otorgó el triunfo a Ortega (*La Jornada*, 13/11/2008). Una vez más, la carencia de institucionalización partidista se manifestó, pues a falta de un líder carismático, las decisiones en el partido no se centralizaron y las distintas corrientes dieron muestra de allegarse recursos de manera propia.

El momento de la renovación en la presidencia nacional del partido fue de vital importancia, constituyó el punto de no retorno sobre el análisis de la dominación ejercida por AMLO. El PRD, de haber desarrollado un fuerte proceso de institucionalización alterno a la dominación ejercida por AMLO, se hubiera encontrado listo para el momento de la caída de aquél, pues la personificación de las decisiones dio paso a la centralización organizacional de las mismas, siendo imposible que conflictos entre las corrientes la rebasaran. Tal situación es teóricamente remota, pues el propio líder carismático se esmeró porque tal proceso no se diera, en virtud de la pérdida del control del partido, que significaría el mismo.

El PRD sufrió el yugo de dos líderes carismáticos de manera casi inmediata con los bemoles, e igual beneficios, que tal dominación conllevó. Tras el ocaso de Cárdenas como su líder carismático, el PRD se enfrentó a serios problemas de convivencia interna, mismos que pronto fueron mitigados por la unción a un nuevo líder; ahora que éste último igualmente se debilitaba los problemas internos regresaban.

ELECCIONES, DECEPCIONES

Los comicios intermedios de julio de 2009 (donde se renovó el congreso federal) presentaron a un PRD fuertemente dividido, y en consecuencia, debilitado para la lucha política, así lo corroboraron los pobres resultados obtenidos por éste.

Fraccionado a causa de las pugnas internas, el PRD enfrentó las elecciones intermedias del 5 de julio de 2009 con severas deficiencias. La dividida campaña que lanzó el partido evidenciaba su situación, pues mientras López Obrador mantenía una estrecha colaboración con el PT y Convergencia apareciendo en los *spots* para apoyar a la coalición ya bautizada Salvemos México (pues había declarado sólo apoyar a los candidatos del PRD en Tabasco y el DF), los mensajes del PRD prescindían de la imagen del tabasqueño y se centraban en la figura del presidente nacional, Jesús Ortega.

La fallida campaña resultó costosa electoralmente: con apenas 12.25% de la

votación nacional, el partido se convirtió en la tercera fuerza política, ganando apenas 71 diputados federales de manera directa. Sólo la adversidad de los resultados obligó al PRD a valorar su situación interna y buscar la unidad. La crisis perredista, que ya había tocado fondo tras los pésimos resultados electorales obtenidos, forzaba a las principales partes en conflicto a llegar a acuerdos. Sin embargo, no se desconocían las latentes divisiones, las cuales, según declaraciones de Alejandro Encinas, con facilidad podrían hacerse presentes en perjuicio de los avances logrados, pero confiaba en que la situación de división hubiera generado un aprendizaje en el PRD con el objeto de consolidar la izquierda con miras al 2012 (*Reforma*, 15/08/2009).

El aprendizaje al que aludió Encinas no se había dado en el PRD en anteriores ocasiones, pues, a pesar de conocer su pasado, el partido había cometido errores ya sufridos: la lectura podría ser la misma para después de 2000 que para después de 2006. Se llegaba a una tregua más que a una verdadera unidad, no obstante, ¿qué apego podría esperarse a tales arreglos?, mientras el PRD contó con AMLO como líder carismático no existieron pugnas internas, no al menos que no pudiera controlar. El partido en esa condición, aunque centralizado en torno a una persona, se encontraba bien preparado para la lucha política. Tras la ausencia de aquél como figura referente, se hizo evidente la dificultad perredista de acatar normas.

Sólo la fuerza de la adversidad electoral obligó al partido a reconsiderar su situación interna y, a falta de un líder que tomara las decisiones, las corrientes se vieron en la necesidad de llegar a acuerdos en el papel de iguales. Empero, dicha condición parece ser por demás frágil y lo que es evidente es que, basado en una mera tregua entre tribus, el PRD dista mucho de tener esa cohesión que el partido ha alcanzado de la mano de líderes carismáticos.

Conclusiones

La izquierda histórica que nunca pudo aliarse completamente o con verdadero éxito, sólo se vio unida tras la aparición de un liderazgo carismático que logró dar cohesión a grupos con afinidad ideológica pero hasta entonces distantes, mismos a los que incluyó dentro de un mismo partido político. Dicho liderazgo fue personificado por Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, ingeniero de profesión, quien se convirtió en verdadero líder carismático tras su salida del PRI para participar en la elección presidencial de 1988 por una amplia coalición de izquierda. Gracias a los resultados obtenidos, Cárdenas se mantuvo a la cabeza de dicha coalición, la cual, de hecho, transformó en partido político: el PRD. El costo que implicó la unidad partidista fue el total sometimiento a la autoridad del caudillo, siendo entonces la impronta perredista la división interna y la necesidad de un liderazgo carismático.

El nacimiento del PRD escondió severos problemas organizacionales que marcaron el desarrollo del partido. Al fincarse bajo un liderazgo carismático, el partido pasó por alto la necesidad de sufrir un proceso de institucionalización. Las condiciones que dicho proceso supone, como ejemplo, la centralización de la autoridad, el grado de sistematización, el control de la organización de los grupos internos, de su capacidad de allegarse recursos, y un largo etcétera, eran bien sustituidos por la figura del líder carismático.

Con Cárdenas cumpliendo tal papel no era necesario sufrir el proceso mencionado, pues la autoridad del ingeniero centralizaba las decisiones en el partido, brindaba cohesión a las diferentes tendencias y por tanto una coalición dominante lo bastante unida como para imponer orden a la organización. El PRD se fincó bajo la dominación carismática, lo que implicaba reconocer al líder en cuanto éste fuera capaz de otorgar bienes a los dominados, en caso contrario, la autoridad del dominante sería cuestionada, y para el partido eso significaría hacer brotar las diferencias internas siempre existentes: si Cárdenas decrecía como líder carismático, el espejismo de cohesión, sistematización y armonía partidista, se desvanecería y el partido daría cuenta de su carente institucionalización.

Tras poco más de una década de dominación cardenista, el PRD llegó a dicha situación. El hasta entonces líder no demostró más sus cualidades carismáticas y, en tanto, su dominio no era ya vigente. El desconocimiento del ingeniero le resultó al PRD en la falta de cohesión. Una vez hecho ésto, los grupos internos luchaban por espacios de poder sin árbitro de por medio y se hacía evidente la carente institucionalización partidista: no se daba una centralización de la autoridad y la sistematización era limitada.

Se puso en evidencia la impronta del modelo originario, el cual dio cuenta de la presencia de un líder carismático como aquél que logró cohesionar a las distintas fuerzas adherentes al PRD y, dado que el aglutinante personificado en Cárdenas era desconocido, se presentó como necesidad la presencia de un nuevo líder carismático que regresara la armonía al partido. Así, en un contexto de vacío de poder se ungió un nuevo líder carismático y se regresó el espejismo de institucionalidad al PRD. Esta vez a cargo de un político originario de Tabasco que compartió con Cárdenas un pasado priista: Andrés Manuel López Obrador.

López Obrador participó en la creación del PRD y, tras un exitoso paso en la presidencia nacional del mismo, el tabasqueño llegó al frente de la administración de la capital mexicana, la joya electoral perredista. Al frente del DF, López Obrador desplegó una política que pronto lo diferenció del resto de los actores políticos, por lo que sus cualidades carismáticas —siempre latentes en su historia— se manifestaron con mayor fuerza. El desconocimiento a la autoridad

cardenista se dio cuando ya la administración del tabasqueño llamaba poderosamente la atención dentro del círculo perredista, por lo que pronto se le invistió como el nuevo líder carismático del partido.

A mediados de la gestión capitalina, sus compañeros de partido ya le reconocían sus cualidades, sin embargo, fue tras el asunto del desafuero —ocurrido en 2005— que López Obrador ganó la total aclamación de su partido, se reforzó su aureola carismática y éste era el indiscutible nuevo líder perredista. Los números del PRD se iban al alza con la sola mención del tabasqueño, por lo que los integrantes del partido se sometieron al liderazgo de éste, pues se veía en él la posibilidad de acceder a la Presidencia de la República en las venideras elecciones de 2006. Así, volvió al PRD la cohesión interna y la centralidad de las decisiones; gracias a la dirección obradorista el grado de sistematización era elevado. Sin tiempo para madurar por sí solo, el PRD regresó a su situación originaria: estar a la sombra de un líder carismático que decidiera toda acción del partido y arbitrara las pugnas internas, postergando el tan necesario proceso de institucionalización.

Desafortunadamente, los resultados en dichos comicios no fueron los esperados y el principal beneficio ofertado —la Presidencia de la República— no se obtuvo. Aunque de manera inmediata los dominados apoyaron al tabasqueño para señalar a las instituciones como las responsables de la derrota, pronto los disidentes a la autoridad obradorista se multiplicaron, pues el líder carismático no sólo no había conseguido los bienes prometidos sino que, incluso, con su actitud confrontativa, dañó a la totalidad de la organización política. El momento de abierto desconocimiento a Obrador se dio en 2008 con la elección de la Presidencia Nacional perredista. Con comicios disputados, la victoria la ganaron los quejosos y fue el momento que marcó la caída de AMLO como líder indiscutible del partido.

No obstante, AMLO logró trasladar parte de su dominio a los partidos PT y Convergencia y, bajo ese ambiente de división, se enfrentaron las elecciones de 2009, cuyos pobres resultados arrojaron la necesidad de encontrar unidad al interior del PRD. Ello se procuró a través de acuerdos entre las corrientes, mismos que se antojan frágiles en un partido como el analizado.

Al día de hoy, el apoyo que AMLO ha declarado sobre el PRD es diferenciado en reciprocidad a la también diversificada evaluación perredista del tabasqueño. Si bien no se ha dado una ruptura formal entre el PRD y AMLO, el daño está hecho para ambas partes, pues mientras que el tabasqueño ha perdido su posición dominante en el partido, éste carece de la tan necesaria cohesión interna. Una diferencia fundamental se apunta respecto al desconocimiento del anterior líder Cárdenas, pues AMLO no ha perdido del todo sus cualidades y de hecho su dominio es latente en buena parte del perredismo e incluso en otros partidos.

Con miras a la elección federal de 2012, el PRD parece tener frente a sí diferentes escenarios: por un lado, si logra rutinizar las cualidades de AMLO, probablemente se sentarán las bases para una institucionalización incluso fuerte. En cambio, si pierde definitivamente tal perfil, entonces el partido nuevamente se enfrentará a una total ambigüedad en su dirección y, por ello, quizá a la búsqueda de un nuevo líder carismático. Sin embargo, no deberá pasarse por alto la inestabilidad inherente a la dominación carismática, por lo que, dado que AMLO aún corrobora ciertas cualidades de tal tipo, una proyección que contemple al tabasqueño de regreso a la superioridad perredista, si bien remota, no deberá darse por descontada.

Notas

[1] Dicho partido nació en 1929 bajo el nombre de Partido Nacional Revolucionario (PNR) y cambió su nombre a Partido de la Revolución Mexicana (PRM) en 1934.

[2] Tras las elecciones de 1979, el PCM obtenía su registro definitivo, pues sobrepasaba el mínimo de 2% requerido al obtener 5% de la votación nacional.

[3] Por *dominación* debe entenderse "la probabilidad de encontrar obediencia dentro de un grupo determinado (…). No es por tanto toda especie de probabilidad de ejercer poder" (Weber, 2008: 170).

[4] En el lenguaje weberiano, el término *comunización* alude al "cuadro administrativo", contemplado por el sociólogo alemán como aquel conjunto de séquitos de los cuales se espera su completa obediencia, por lo cual se les encargan diversas actividades por cumplir (Weber, 2008: 170).

[5] La *rutinización* se entiende como esa adaptación a lo común o habitual de las otrora cualidades carismáticas, las cuales se suponen fuera de lo cotidiano. La *rutinización* es pues esa pérdida del carácter extraordinario de las facultades carismáticas, que han sido alcanzadas por la rutina y la cotidianidad. "Con la *rutinización,* la dominación carismática *desemboca* en las formas de dominación cotidiana (…)" (Weber, 2008: 201).

[6] Entre los nombres que destacan como integrantes de la CD se encuentran: Ifigenia Martínez, César Buenrostro, Janitzio Múgica, Andrés Manuel López Obrador, Ignacio Castillo Mena, Leonel Durán, Roberto Robles Garnica y, desde luego, Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo y Rodolfo González Guevara.

[7] Además de la Organización Revolucionaria Punto Crítico, el Movimiento al Socialismo, Grupo Poliforum, Asamblea de Barrios de la Ciudad de México, la Unión de Colonias Populares, la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata, Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), la Organización de

Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM), etcétera. Así, tras el nombre de Cárdenas, pasaron a convivir cardenistas, lombardistas, comunistas, "izquierdistas sociales", troskistas, maoístas, etcétera (Sánchez, 1999: 49).

[8] A pesar de la derrota, el porcentaje obtenido por el FDN era el más alto conseguido por la oposición en décadas. Hasta antes de 1988, el mayor número de votos para un candidato opositor pertenecía a Ezequiel Padilla con 19.3% en 1946 (Reyes y Valdés, 1994: 207).

[9] Tal término se concibe como el proceso mediante el cual la organización incorpora a sí los valores y fines de los fundadores del partido (Panebianco, 1993: 115). Los procesos que provocan la institucionalización son esencialmente dos: el desarrollo de intereses en el mantenimiento de la organización, así como el desarrollo y la difusión de lealtades organizativas (Panebianco, 1993).

Fundamentalmente dos dimensiones pueden determinar el grado de institucionalización organizativa: el grado de autonomía respecto al ambiente alcanzado por la organización y el grado de sistematización e interdependencia entre las distintas partes de la organización. Para el primer punto, existe autonomía cuando la organización desarrolla su capacidad para controlar directamente los procesos de intercambio con el ambiente; por el contrario, la organización es dependiente cuando los recursos indispensables para su funcionamiento son controlados desde el exterior por otras organizaciones.

Por su parte, el grado de sistematización se refiere a la coherencia estructural interna de la organización, donde un elevado grado de sistematización implica una fuerte interdependencia entre las diversas subunidades, garantizada mediante un control centralizado de los recursos organizativos y de los intercambios con el entorno. Según Panebianco (1993), la institucionalización fuerte se da mientras mayor sea la autonomía y el grado de sistematización, y la institucionalización débil cuando la situación es opuesta. Así, entre más institucionalizado se encuentre el partido, menos organizados serán los grupos internos, pues se limitan drásticamente los márgenes de maniobra de tales actores; correlativamente cuanto menos institucionalizado se halle el partido, más organizados estarán dichos grupos internos. La institucionalización de un partido carismático es un fenómeno por demás raro, pero, de darse, bien se sientan las bases para una institucionalización incluso fuerte.

[10] Diversos fueron los pronunciamientos de tales personajes en favor de Cárdenas, uno de ellos fue la airada reprimenda que dio Porfirio Muñoz Ledo al propio Heberto Castillo, pues éste defendía el derecho de Cárdenas a proponer caminos al partido como "líder moral indiscutible" que era del PRD (Sánchez, 1999: 57).

[11] "La Procuraduría General de la República validó los documentos con los que López Obrador comprobó que Madrazo gastó 241 millones de pesos en su campaña y en la de Ernesto Zedillo. En el informe que Madrazo entregó al Consejo Estatal Electoral sólo reportó gastos por 3 millones 718 mil 433 pesos con 87 centavos" (*Proceso*, 1483, 03/04/2005).

[12] "La Ciudad de la Esperanza" fue el lema con el que Obrador identificó su gobierno en el Distrito Federal.

[13] La fuerza de AMLO se incrementaba tras cada adversidad enfrentada, aun en sus peores momentos había estado por encima de otros políticos en diversas encuestas de opinión. En un sondeo ordenado por el Comité Ejecutivo Nacional del PAN se obtuvo, tras evaluar diversos momentos entre noviembre de 2003 y febrero de 2005, que 32% de las personas consultadas pensaban que López Obrador ganaría la elección presidencial, le seguía Roberto Madrazo con 26% y al final Santiago Creel, quien apenas alcanzaba 22%. Aunado al reactivo sobre la competencia presidencial, los encuestados daban ventaja a AMLO en tópicos como el de mejor gobernante, líder, negociador, honesto, carismático, trabajador, etcétera, incluso después de los "video-escándalos" protagonizados por Bejarano y Ponce, el tabasqueño se mantuvo por encima del PRI y del PAN (*Proceso* 1484, 10/04/2005). Tomando en consideración que dichos datos eran conocidos por los adversarios de AMLO, las cúpulas del PRI y del PAN decidieron apoyar el proceso de desafuero.

[14] El 24 de abril se llevó a cabo la movilización que marcó rumbo definitivo al proceso de desafuero, la llamada Marcha del Silencio (que fue del Museo de Antropología al Zócalo capitalino). En ella se realizó una asamblea en la que AMLO anunció que seguía siendo jefe de gobierno, argumentando que no estaba sometido a proceso judicial, por lo que al día siguiente se presentaría normalmente a trabajar (López, 2007: 177).

[15] El ingeniero había manifestado sus deseos de obtener nuevamente la candidatura presidencial. Para mayo de 2005, Cárdenas había declarado "No me siento en desventaja (de López Obrador) ya he encontrado apoyos en sectores muy diversos de la sociedad (…) espero ser el candidato." (Organización Editorial Mexicana, junio de 2005).

[16] El Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (COFIPE) contempla —refiriéndose a los candidatos presidenciales— en su artículo 38, fracción primera, letra O: "abstenerse de cualquier expresión que denigre a los ciudadanos, a las instituciones públicas o a otros partidos políticos y sus candidatos" (IFE, 2005). El COFIPE igualmente prohíbe tales intervenciones en su artículo 48, fracción primera: "Es derecho exclusivo de los

partidos políticos contratar tiempos en radio y televisión para dirigir mensajes orientados a la obtención del voto durante las campañas electorales (…)" (IFE, 2005).

[17] Los comicios se realizaron el 16 de marzo de 2008, pero dadas las diversas inconsistencias e inconformidades, los resultados tardaron meses en oficializarse.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

Acosta, Miguel, Sergio Aguayo y Javier Treviño (2009), *Democracia: medios de comunicación y elecciones en México,* México, Fundar, Centro de análisis e Investigación A.C. / Dissa Impresores.

Aguayo, Sergio (2007), *El almanaque mexicano 2008*, México, Santillana ediciones generales.

Baena, Guillermina y Gisela Saavedra (2004), "Entre tribus y jefes: el futuro del PRD en el 2006", en Francisco Reveles Vázquez (coord.), *Partido de la Revolución Democrática. Los problemas de la institucionalización*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM / Gernika.

Borjas Benavente, Adriana (2003), *Partido de la Revolución Democrática: estructura, organización interna y desempeño público 1989-2000,* México, Gernika.

——— (2005), "Desempeño gubernamental del PRD en el DF 2000-2003", en Francisco Reveles Vázquez (coord.), *Los Partidos Políticos en México ¿crisis, adaptación o transformación?*, México, Gernika.

Cárdenas, Cuauhtémoc (1988), *Nuestra lucha apenas comienza,* México, Nuestro Tiempo.

Carpizo, Jorge (1988), *El presidencialismo mexicano,* México, Siglo XXI.

Duverger, Maurice (2000), *Los Partidos Políticos*, México, FCE.

Garrido, Luis Javier (1993), *La ruptura. La corriente democrática del PRI*, México, Grijalbo.

González Casanova, Pablo (2002), *El Estado y los Partidos Políticos en México*, México, Ediciones Era.

Grayson, George W. (2006), *Mesías mexicano. Biografía crítica de Andrés Manuel López Obrador,* México, Grijalbo.

IFE (Instituto Federal Electoral) (2005), *Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales*, México.

Lajous, Alejandra (2006), *AMLO: entre la atracción y el temor. Una crónica del 2003 al 2005,* México, Océano.

Loaeza, Soledad (2007), "La inestabilidad del sistema de partidos en México 2000-2006",

en Gustavo Vega (coord.), *México, los retos ante el futuro,* México, El Colegio de México / Fundación Konrad Adenauer.

López Obrador, Andrés Manuel (2007), *La mafia nos robó la presidencia*, México, Grijalbo.

Meyer, Lorenzo (1989), *La segunda muerte de la Revolución Mexicana,* México, Aguilar, León / Cal editores.

Michels, Robert (1996), *Los partidos políticos 1. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Argentina, Amorrortu.

Olvera, Alberto (2007), "Resistencia política y sociedad civil: el PRD, López Obrador y los límites programáticos y políticos de la izquierda mexicana", en Gustavo Vega (coord.), *México, los retos ante el futuro,* México, El Colegio de México / Fundación Konrad Adenauer.

Panebianco, Angelo (1993), *Modelos de Partido*, España, Alianza Editorial.

Prud'homme, Jean Francois (1997), "El PRD: su vida interna y sus elecciones estratégicas", documento de Trabajo, División de Estudios Políticos, núm. 39, México, CIDE.

Reveles Vázquez, Francisco (2004), "Fundación e institucionalización del Partido de la Revolución Democrática: liderazgo, fracciones y confrontaciones", en Francisco Reveles Vázquez (coord.), *Los Partidos Políticos en México ¿crisis, adaptación o transformación?*, México, Gernika.

Reyes, Juan y Tania Hernández (2006), "Partidos y sistemas de partidos en México. De la hegemonía al pluralismo", en Antonella Attivi (coord.), *Treinta años de cambios políticos en México,* México, UAM / Miguel Ángel Porrúa.

Reyes, Juan y Leonardo Valdés (1994), "El PRD: su congreso y la autodigestión de su candidato", en Valdés, Leonardo (coord.), *Elecciones y partidos políticos en México,* 1993, México, UAM / Centro de Estadística y Documentación Electoral.

Rivera, Oscar (2009) "Andrés Manuel López Obrador y la dominación carismática en el PRD", tesis de licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública, UAEM, Toluca, México.

Sánchez, Marco Aurelio (1999), *PRD. La élite en crisis, problemas organizativos, indeterminación ideológica y deficiencias programáticas*, México, Plaza y Valdés.

Santiago, Javier (1987), *PMT, la difícil historia,* México, Posada.

Sartori, Giovanni (2002), *Partidos y Sistemas de Partidos,* España, Alianza Editorial.

Torres-Ruiz, René (2004), "El partido de la Revolución Democrática a través de las elecciones

presidenciales", en Francisco Reveles Vázquez (coord.), *Partido de la Revolución Democrática. Los problemas de la institucionalización*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM / Gernika.

Vivero Ávila, Igor (2006), *Desafiando al sistema, la izquierda política en México. Evolución organizativa ideológica y electoral del Partido de la Revolución Democrática (1989-2005),* México, UAEM / Miguel Ángel Porrúa.

Woldenberg, José (2002), *La construcción de la democracia,* México, Plaza y Valdés.

Weber, Max (2008) *Economía y Sociedad*, México, FCE.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Jornada, 26 de abril de 2006.
———, 6 de septiembre de 2006.
———, 17 de septiembre de 2006.
———, 13 de noviembre de 2008.
Organización Editorial Mexicana, junio 2005.
Proceso, 1235, 4 de julio de 2000.
———, 1483, 3 de abril de 2005.
———, 1484, 10 de abril de 2005.
———, 1486, 24 de abril de 2005.
Reforma, 15 de agosto de 2009.